

GUY DE MAUPASSANT

por Jules Lemaître

La muerte acaba de liberar a Guy de Maupassant. Es extraño pensar que ese cerebro, en el que la realidad había reflejado unas imágenes tan nítidas, que había sabido interpretar, recoger y organizar esas imágenes con un vigor y en unas direcciones tan decididas, y devolvérmolas más ricas de sentidos con la ayuda de símbolos tan fuertemente urdidos, no haya recibido del mundo exterior, a partir de un cierto momento, más que impresiones confusas, incoherentes, dispersas, tan rudimentarias y tan poco relacionadas como las de los animales, y llenas, además, de espanto y dolor, a causa de los vagos recuerdos de una vida más completa; y de qué modo el autor de *Boule de suif*, de *Pierre et Jean*, de *Notre Coeur*, ha entrado, en vida, en la noche eterna. Y eso, porque un día las microscópicas células de las que se componía la pulpa viscosa bajo su cráneo se han puesto, no se sabe por qué, a disgregarse...

Y puedo ver hasta que punto me equivoqué hace cinco años, y casi tengo remordimientos. Fue con motivo del volumen titulado *Sur l'eau*, donde unas meditaciones tristes y unos soliloquios desesperados, alternaban con admirables descripciones de paisajes marinos. Entonces escribí con ligereza:

«... Tales son los tópicos desarrollados por el Sr. de Maupassant. No los considero muy originales, – ni él tampoco, creo... Hay mucha tristeza y ferocidad a la vez. Es extraordinario que no se sea más alegre sobre un velero que lleva el feliz nombre de *Bel-Ami*; y el Sr. de Maupassant, schopenhauerizando sobre su barco, «nos deja traslucir» a un bromista de mal gusto. Soy de un espíritu tan mal hecho que el pesimismo demasiado expuesto me ofende casi tanto como el optimismo beato. Me parece que, cuando se está entre los privilegiados de este mundo, cuando uno no sufre ni continuamente, ni demasiado violentamente en su cuerpo, y que ha preservado los dolores morales más extremos mediante la literatura y el análisis (los cuales, estén seguros de ello, nos salvan de más males que alegrías nos prohíben), una especie de pudor debería impedirles repetir con tanta amplitud unos lamentos ya desarrollados por otros. Un escritor célebre que sufre de la gran miseria humana sufre sobre todo por delegación, piense lo que piense. Desde este punto de vista, me temo que no haya en todo eso más que un poco de retórica.»

Ahora veo que no tenía razón. Hubiese debido reconocer, en el caso de Maupassant, algo más que un mero placer de orgullo y de ironía cuando hacía constar que el mundo es ininteligible y malo; algo más que un placer de languidez abandonándose a las melancolías derivadas de ciertos crepúsculos o que ciertas nieblas destilan; en resumen, algo más que literatura. Habría debido darme cuenta de que la tristeza secreta de nuestro amigo no tenía nada de concertado y no tenía nada de delicioso; habría debido adivinar en él el corroimiento de una idea fija, el estrago continuo de un espanto. Para él todo era vano, y casi todo aportaba un sufrimiento; ahora lo veo bien. Los cuentos donde «tiene miedo», – como *el Horla* y una media docena de otros cuyos títulos se me escapan, – no eran en absoluto fantasías; no más que en *Bel Ami*, la descripción de la lenta descomposición de un cerebro por la idea ininterrumpida de la muerte. Pierre, en *Pierre et Jean*, el protagonista de *Fort comme la mort* y el de *Notre Coeur*, durante sus paseos en el bosque de Fontanebleau, nos muestran hasta que punto el trabajo de una idea fija, alterando sin cesar las relaciones habituales de las cosas, puede aproximar a la locura al

que está poseído por dicha idea. Recuerdo largas huidas de Maupassant de la sociedad de los hombres, sus soledades de varios meses, en el mar o en el campo, sus tentativas de regresar a una vida sencilla, completamente física y animal, donde pudiese olvidar al sordo enemigo, al enemigo paciente que llevaba consigo; luego, cuando regresaba entre nosotros, esa fiebre de diversión, de bromas y de juegos casi infantiles, todavía eran como una huida, una evasión fuera de sí... ¡Vanos esfuerzos! Se ha dicho que parecía gozar con compañías «alegres»; amaba la ingenuidad de las «Boule-de-suif» o de las «gordas Rachel»; a veces, con una gran afectación de seriedad y una gran dispensa de actividad, y como si esas cosas hubiesen sido infinitamente más importantes que los libros que escribía (raramente consentía en hablar de literatura), organizaba «fiestas» complicadas, de ordinario un poco brutales; pero, salvo los instantes en los que se aplicaba, nunca se vio semejante impasibilidad en plena fiesta, ni rostro más ausente. Estaba lejos... muy lejos... ¿En qué pensaba, el pobre muchacho?

Escribía sus lamentables variaciones sobre tópicos tristes con la sangre de su alma. De hecho, los tópicos siempre nos resultan nuevos cuando son tristes. He aquí uno: « ¡Que vana es la gloria!» Ese es seguramente uno de los bienes de los que menos gozó. Vitalicia, permanece siendo dudosa, puesto que no hay realmente gloria más que cuando el tiempo la ha consagrado; y por otro lado vemos que la « notoriedad » de muchos grandes artistas ha sido superada, en vida, por la de simples histriones. Póstuma, no será ya nada para aquellos que sean favorecidos con ella. Sería una extraña locura envidiar a los hombres ilustres después de que han muerto. ¿Qué importa que tal conjunto de dramas lleve el nombre de Shakespeare y que tal amontonamiento de versos líricos lleve el de Victor Hugo? Que sus obras sean etiquetadas, por el azar, con esas sílabas en vez de las que forman los nombres de Dupont o de Durand, ¿qué les puede hacer a aquellos que fueron Hugo o Shakespeare? Puedo dar la impresión de estar desarrollando gravemente una obviedad. Es que lo encuentro consolador para los humildes. Desde el momento en que « todo es vano », es excelente que todo sea vano para todos los hombres. Son las excepciones a esta ley los que serían horribles.

Ahora bien, para regresar al autor de *Bel Ami*, sin duda la gloria de su obra será de larga duración, pero vemos que para él, su disfrute ni siquiera ha sido vitalicio. ¿Qué ha sido para el Maupassant demente, la gloria durante dieciocho meses?

...Ustedes recuerdan el efecto que produjeron hace diez años, *Boule de Suif*, *la Maison Tellier*, *Mademoiselle Fifi*, y los demás relatos cortos con los que estas obras maestras estaban acompañados. Eso pareció nuevo; y en efecto era nuevo. ¿Pero en qué? En el fondo, era algo excesivamente brutal: historias de putas, de campesinos rapaces, de cobardes y grotescos burgueses; los « hechos diversos» de una humanidad elemental y repleta de instintos. La filosofía que se podía desprender era furiosamente negativa. Y, entre su nihilismo, el autor se regocijaba con ello del mundo físico con una intensidad extraordinaria y con una franqueza de « adelante el pecado ». Ahora bien, cosa curiosa, este contador tan poco « moral » desarmó casi enseguida incluso a los más austeros. Todos nos dedicamos a hablar de su hermosa «salud». Esa salud se convirtió en una seña de identidad en la opinión común. Nadie fue tan a menudo proclamado «sano» como ese joven que habría de morir loco. Y, del mismo modo, nadie fue tan rápidamente declarado clásico como ese escritor cuyos cuentos más ilustres pasaban en los conventos de La Fontaine rebautizados con su verdadero nombre.

No se equivocaba en absoluto. Maupassant ofrecía el singular fenómeno de una especie de clasicismo primitivo surgido en una época de literatura envejecida, decrepita y atormentada. En primer lugar, no había ningún rastro de educación cristiana en él. Su gran amigo Flaubert lo había « espabilado » pronto. El espíritu de Maupassant fue

entonces como una tabla rasa ofrecida a las impresiones del mundo circundante. Su filosofía simplista era la de un joven « hurón » de gran talento. Ese ser primitivo había recibido de la naturaleza el don de la expresión que perfeccionó al lado de su viejo maestro, gracias a una disciplina de diez años. Pero, si aprendió a « ver » y a devolver lo que veía, no aprendió otra cosa, – felizmente. Si conservó, con más abandono y desahogo, algo de la ironía de *la Educación Sentimental*, se mantuvo totalmente exento del romanticismo de Flaubert. Ignoró igualmente las « trasposiciones de arte » de los Goncourt y la trepidación nerviosa de Alphonse Daudet. En una de las épocas en las que nuestra literatura fue de lo más compleja y nos destiló las bebidas más trabajadas, el talento narrativo de Maupassant brotó como una fuente de bella agua maravillosamente clara. Y, sensual, permanecía siendo de algún modo inocente. No tiene nada en común esta sensualidad y la de Émile Zola, tan triste, tan turbadora, tan sórdida, como la de un monje tentado, que parece implicar el sentimiento de algo prohibido y la creencia en el pecado. Maupassant no creía en eso y se sentía en su obra, por lo que incluso los castos fueron tan indulgentes con él.

Tal aconteció en los comienzos de su obra. Se parecía, con un estilo más plástico (pues no se nace impunemente en la segunda mitad del siglo diecinueve) a los contadores de antaño y, si usted quiere, a ese imperturbable Alain Lesage. Y *Bel-Ami* parecía una « puesta al día », tras un siglo y medio, de *Le Paysan parvenu*...

Luego llegó la angustia... Como es sabido, la voluptuosidad siempre acaba por ser una gran maestra de metafísica. El deseo es, por su naturaleza, imposible de satisfacer. Y es por lo que en los últimos libros de Maupassant, lentamente, el *surgit amari aliquid* va haciendo su obra.

Por otra parte, el naturalismo tiene dos grandes enemigos: el dolor y la muerte. Y no sirve de nada decir que lo que es debe ser, que no hay nada que explicar. Para que la filosofía del *Cas de Mme Luneau* o incluso de *Marroca* fuese la real, habría sido necesario que el dolor estuviese ausente del mundo, y que jamás se pudiese pensar en la muerte. Pero se sufre; y, mediante la puerta del sufrimiento, entran la reflexión, la curiosidad, la inquietud y la aprensión a lo desconocido y, bajo una forma u otra, el idealismo, el sueño y unas necesidades de explicar que se escapan a los sentidos...

A partir de un cierto momento, esto se hace visible y Maupassant se enternece. Su observación se entristece, – y también se hace más refinada a medida que se despliega. Y, a medida que su corazón se ablanda y se abre la divina fuente de las lágrimas, también conoce el pudor.

De un libro a otro, las almas que nos describe se complican y, al mismo tiempo, se elevan en dignidad. Parece compartir cada vez más los objetos de sus descripciones, y cada vez más parece gozar describiéndonos pasiones y sentimientos de tal especie, que, de comprenderlos y de amarlos como él lo hace, solo eso demostraría que ha sobrepasado, – sin saber demasiado a donde va– ese naturalismo rudimentario con el que había debutado tan tranquilamente. *Fort comme la mort* nos habla de un amor « fuerte como la muerte » en efecto, y cuenta a la vez el más noble de los dramas interiores y la inmensa tristeza de envejecer. – *Notre Coeur* censura a la mujer que no sabe amar; y si el enamorado pide consuelo en el amor simplista, tal como era concebido en *les Soeurs Rondoli*, es claro que jamás encontrará reposo. En definitiva, es la humanidad superior la que hace su entrada en la obra de Maupassant; y la humanidad superior está hecha, en suma, de todo el idealismo del pasado y de sus más nobles sueños; y describirlos así y con ese tono, no significa tal vez creer en ellos, pero sí en no volverlos a repudiar.

No es un Bourget. Maupassant, casi siempre se limita a anotar las señales exteriores, – actos, gestos o discursos,– de los sentimientos de sus personajes, y usa poco el análisis

directo, que tiene sus peligros, algunas veces inventa su materia, y la enmaraña para tener el mérito y el placer de desenmarañarla... Pero finalmente tal vez ustedes puedan observar cuan curiosa es la evolución de un escritor que, habiendo comenzado con *la Maison Tellier*, acaba con *Notre Coeur*. Por resumir mucho, su historia es la de un primitivo que llega tarde, y, modificado poco a poco por la atmósfera moral de su tiempo y dominado por las inquietudes espirituales que nos han legado los siglos transcurridos. Y sin duda también el miedo a la muerte, el miedo a lo desconocido, la preocupación atroz por la amenazadora locura han tenido algo que ver en esa transformación.

Jules Lemaître

Extraído del libro *Les Contemporains, 6ème Série. Études et Portraits Littéraires* 1889

Traducción de J.M. Ramos para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>.